

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
La tradición del escritor

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1998). La tradición del escritor. La madriguera. (13):68-68.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41726>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



La traición del escritor

Lulu on the Bridge

Paul Auster

USA, 1998

Érase una vez un escritor recluso en su cuarto que escribía de cara a una pared desnuda. Un escritor que huía de los periodistas, esa plaga de la humanidad, decía Karl Kraus. Un escritor que hacía lo que hacen los escritores, escribir. El escritor aprobó un día la adaptación al cine de una de sus novelas y escribió su guión. El escritor debió de sentirse satisfecho con el resultado de su primera incursión en el cine. Tenía razón el escritor: *La música del azar* (*The Music of Chance*, Philip Haas, 1993) era una buena película. El gusanillo del cine picó al escritor, y aceptó escribir el guión de otra película. Los amigos del escritor participaron a su vez en la película cuyo guión era del escritor. Poco importaba que los amigos del escritor fueran famosos y sus nombres más conocidos que los del escritor, que tuvieran nombres de actores –Harvey Keitel, William Hurt–, de músico –Lou Reed–, de director de

cine –Jim Jarmush– famosos. Poco importaba porque la película cuyo guión era del escritor no era una película más en la carrera

de sus amigos famosos, era una película hecha entre amigos. Y al escritor y a sus amigos les gustó tanto aquella película que a la película le nació otra, de la manera más natural. Porque no querían terminarla, no querían dejar atrás aquel momento de amistad, de celebración de la amistad. *Smoke* y *Blue in the Face* (Wayne Wang, 1995) son ese momento feliz en que cine y vida son una misma cosa, y los espectadores así lo comprendieron e hicieron de ellas películas de culto, pese a que muchos no habían leído nunca ni una de las novelas del escritor que había escrito su guión.

Algo debió de ocurrirle al escritor, ya que comenzó a hacer cosas que normalmente no hace un escritor. El escritor fue a Cannes de jurado y anunció a la plaga de la humanidad que sería también director de cine. Y este escritor, que cumple lo prometido, lo que rara vez hace un director de cine, cumplió lo prometido: al año siguiente regresó a Cannes con la prometida película debajo del brazo, y la prometida película del escritor fue presentada en la sesión inaugural del Festival de cine más prestigioso del planeta.

Lulu on the Bridge (1998) es esa película, la primera dirigida por el escritor, con un guión escrito por el escritor, con algunos de los amigos del escritor en el reparto: Harvey Keitel, que interpreta al personaje principal, el agonizante saxofonista Izzy Maurer; Mandy Patinkin, de la vieja guardia de *La música del azar*; Stockard Channing y Victor Argo, presentes también en *Smoke*. Y dos grandes actores –Willem Dafoe y la eterna trotska Vanessa Redgrave– y una actriz cualquiera, Mira Sorvino, que debe su celebridad al

Óscar que le reportó trabajar con Woody Allen y a su noviazgo con el cineasta más sobrestimado del mundo, Quentin Tarantino. Una película que quiere salvar una ñoña historia de amor en tiempos de la *new age*, en tiempos de misticismo barato, con un par de trucos dignos de un escritor también barato. El truco de la *mise en abyme*, pero tan ostensible que parece concebido para lobotomizados. Fijense, dice la voz autoral del escritor barato: leemos "Lulu" en el título; vemos a Celia Burns (Sorvino) contratada por una directora de cine (Oh prodigio shakespeariano, la pieza dentro de la pieza) para actuar en una adaptación al cine (pobre Pabst) de la *Lulu* de Wedekind; ergo, esta es una historia de amor desdichado. El otro truco es más interesante, porque nos informa acerca del estado de ánimo del escritor metido a director. El escritor debió de comprender que la historia del amor loco y fatal del saxofonista y la actriz tenía algo de impostado, y le construyó un estuche de esos que, con un poco de suerte y mucha maestría, les salen bien a los escritores: el viejo estuche del cuento dentro del cuento, del cuento contado desde otro cuento. El estuche de *Las mil y una noches* y *Tristram Shandy* y el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Pero en *Lulu on the Bridge* es un estuche que no encierra nada valioso o siquiera interesante. Apenas una piedrita azul que brilla y levita en la oscuridad. Un engañabobos.

Hay en esta película un par de secuencias memorables: las del interrogatorio al que el "doctor" Van Horn (Dafoe) somete a Maurer. El escritor se quitó de pronto la visera de director y volvió, por un breve instante, a ser lo que era, lo que quizás, con un poco de suerte, siga siendo: un escritor. Pero es demasiado breve ese instante para redimir una película en la que Paul Auster, el director, traiciona a Paul Auster, el escritor.

Ana Nuño

